

Alfonso Gálvez

LOS CANTOS
PERDIDOS

Tercera Edición

New Jersey
U.S.A. - 2013

Los Cantos Perdidos, Tercera Edición by Alfonso Gálvez. Copyright © 2013 by Shoreless Lake Press. American edition published with permission. All rights reserved. No part of this book may be reproduced, stored in retrieval system, or transmitted, in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording or otherwise, without written permission of the Society of Jesus Christ the Priest, P.O. Box 157, Stewartville, New Jersey 08886.

CATALOGING DATA

Author: Gálvez, Alfonso, 1932–

Title: *Los Cantos Perdidos, Tercera Edición*

First printing: New Jersey, August 2009

Second printing: New Jersey, April 2011

Third printing: New Jersey, July 2013

Library of Congress Control Number: 2013940056

ISBN-13: 978-0-9835569-6-1

**Published by
Shoreless Lake Press
P.O. Box 157
Stewartville, New Jersey 08886**

PRINTED IN THE UNITED STATES OF AMERICA

PRÓLOGO

ACERCA DE LA POESÍA

Y

EL MITO DE LA POESÍA VANGUARDISTA

Lo Bello —el *pulchrum*— fue el último de los transcendentales en ser considerado como tal. Y para empezar, hay que decir que el tema que pretendemos abordar aquí nos sitúa en las lindes de la filosofía y de la teología, lo cual viene a significar en el mismo corazón de la metafísica. Una vez admitido eso, apenas si es necesario añadir que nos enfrentamos a lo más profundo de lo que, con toda razón, podríamos llamar el abismo del misterio del *ser*. Por lo que sería posible elaborar, ya de entrada, una extensa lista de posibles problemas a estudiar, discutir y profundizar sin límite alguno... , bien convencidos, por eso mismo, de que jamás llegaremos a resolverlos de modo exhaustivo. Pero ya hemos dicho que estamos ante el misterio.

Lo primero que excita nuestro apetito de saber en el presente problema, es el hecho de que haya sido el *pulchrum* el último en ser reconocido como uno de los atributos del ente: los transcendentales. Porque si el ser es el uno, la bondad y la verdad, ¿acaso era tan difícil reconocer que también es la belleza?

Para Santo Tomás, así como el bien es *quod omnia appetunt*, el *pulchrum* queda limitado a satisfacer la vía cognoscitiva: *pulchra enim dicuntur quæ visa placent*. De manera que es bello *aquello que agrada a la vista*.¹ Por supuesto que el Santo reconoce que entre uno y otro no existe sino una distinción de razón: *super eandem rem fundantur... sed ratione differunt*, tal como lo dice claramente en el siguiente texto: *Ad primum ergo dicendum quod pulchrum et bonum in subiecto quidem sunt idem, quia super eandem rem fundantur, scilicet super formam: et propter hoc, bonum laudatur ut pulchrum. Sed ratione differunt. Nam bonum proprie respicit appe-*

¹En este tema, como en tantos otros, la referencia a Santo Tomás es obligada; frente a tantos autores como han abordado el problema, aunque ninguno de forma tan completa y seria como el Aquinatenso. Por lo que nos limitaremos a él, considerando que es la mejor manera de ahorrar tiempo y de andar seguros.

*titum: est enim bonum quod omnia appetunt. Et ideo habet rationem finis: nam appetitus est quasi quidam motus ad rem. Pulchrum autem respicit viam cognoscitivam: pulchra enim dicuntur quæ visa placent. Unde pulchrum in debita proportione consistit: quia sensus delectatur in rebus debite proportionatis, sicut in sibi similibus; nam et sensus ratio quædam est, et omnis virtus cognoscitiva. Et quia cognitio fit per assimilationem, similitudo autem respicit formam, pulchrum proprie pertinet ad rationem causæ formalis.*² Pero desde luego, así como el bien se identifica con el ser —*ens et bonum convertuntur*—, y puesto que se distingue del *pulchrum* solamente por vía de razón, resulta en buena doctrina que lo bello también se identifica con el ser.

De todas formas, es bien sabido que Santo Tomás es más proclive a la vía intelectual que a la volitiva. La *Beatitudo*, como último fin del hombre, consiste para él en la *contemplación saciativa de la verdad*. Según el Santo, *ultima et perfecta beatitudo non potest esse nisi in visione divinæ essentiæ*.³ Como es lógico, Santo Tomás acertará una vez más. Por nuestra parte no nos vamos a dedi-

²Santo Tomás, *Summ. Theo.*, I^a, q. 5, a. 4, *ad primum*.

³Santo Tomás, *Summ. Theo.*, I^a-II^æ, q. 3, a. 8, *respondeo*.

car a contradecirlo, ni menos aún a discutir por extenso una cuestión que, además de no ser de este lugar, carecemos de competencia para abordarla. De todos modos, y siempre teniendo en cuenta que no pretendemos sino exponer una opinión, personalmente nos agrada más creer que, por lo que se refiere al último fin y a la posesión del infinito Bien, intervienen por igual tanto la vía cognoscitiva como la volitiva. Pues es posible —siempre a nuestro modo de entender— que tampoco el hombre se sintiera saciado con la mera *contemplación* del Bien infinito.

Desde luego, el argumento escriturístico que aporta el Santo (1 Jn 3:2) no parece concluyente. Y tampoco conviene olvidar que el hombre no es solamente inteligencia, ni solamente voluntad; sino un *todo* en el que ambas facultades, aunque en él sean distintas, actúan formando una unidad. Parece más lógico pensar que el ser humano más bien aspiraría a la plena posesión de Quien es, a la vez, el Uno, la Verdad, el Bien y la Belleza, todos ellos en grado infinito e identificados en el Sumo Ser. Posesión que, por otra parte, sería imposible conseguir por otra vía que no fuera a través del amor.

Es imposible amar sin conocer. Y desde luego, no hay posibilidad de desear el bien sin conocerlo previamente: *nihil volitum quin præcognitum*. Pero, si es un absurdo pretender desear sin conocer previamente, conocer sin amar (o desear) no tiene sentido alguno.⁴ Por lo que no parece ser suficiente, como consecución de la definitiva *Beatitudo*, la mera *contemplación saciativa de la verdad*. Si Dios es Amor (1 Jn 4:8), y ha querido revelarse al hombre como tal además de constituirse como su último fin, no podrá menos de desear entregarse al hombre y de recibirlo a su vez en reciprocidad, puesto que en eso consiste esencialmente el amor.

Como la belleza, lo mismo que el bien, *in re* se identifica con el ser, podemos suponer que también ella es *quod omnia appetunt*. Pero, como siempre, los transcendentales se entienden mejor dentro de la estructura general de la teoría del amor. Y así por ejemplo, si nos atenemos a lo que sucede en las creaturas, así como en el amor puramente humano resulta mucho más fácil para el enamorado distinguir entre la bondad y la belleza, en el amor divino–humano resulta prácticamente impo-

⁴Y, por supuesto que, cuando se trata del bien, sería imposible no desearlo. Como el mismo Santo Tomás es el primero en reconocer.

sible. El hombre enamorado de Dios no suele distinguir entre la bondad y la belleza divinas, las cuales resultan para él *una misma cosa*, contempladas sobre todo a través de (y en) la Persona de Jesucristo. De tal manera que bien podemos decir: ¿acaso el alma enamorada se siente atraída por la bondad, la cual resplandece en Jesucristo, más que por la belleza y el encanto que también brillan en Él como faro reluciente y seductor?⁵

Pero demos ya de lado a las disquisiciones filosóficas, teológicas y metafísicas, que no son de este lugar ni nos corresponden a nosotros, y centrémonos en lo que constituye el objeto de esta introducción, a saber: la belleza, manifestada esta vez por medio de la poesía.

Pues, efectivamente, la poesía es la expresión de la belleza por medio de la palabra. Lo mismo que la pintura la presenta por medio de la imagen, o la música a través del sonido. A propósito de lo cual, tal vez convenga recordar que, según Santo Tomás, la belleza se percibe por los sentidos de la vista y del oído. Y puesto que la poesía tiene acceso a ambos, según la palabra sea oral

⁵Como puede verse, a medida que los transcendentales ascienden (en nuestro orden cognoscitivo) en la escala del ser, se comprende mejor la identificación de todos ellos con él.

o escrita, puede decirse que participa de las dos vías de aproximación a la belleza.

A su vez, la palabra es el vehículo utilizado por el lenguaje. El cual es, para el ser humano, el medio en el que se expresan los conceptos. Acerca de lo cual, ha de tenerse presente que, puesto que el hombre no es capaz de penetrar de modo *exhaustivo* la esencia de las cosas, con mayor razón tal limitación alcanza también al lenguaje; teniendo en cuenta, sin embargo, que, si bien no llega a agotar su comprensión de modo *exhaustivo*, o en su total profundidad, es capaz de conocerlas verdaderamente en lo que realmente son, pese a lo que digan el kantismo y el conjunto de las filosofías idealistas.

Con respecto a la poesía, el campo del lenguaje se concreta y amengua más todavía, puesto que es necesario que exprese la *belleza*. Y de ahí que, si el lenguaje utilizado en lo que se ofrece como poesía no presenta rasgos de belleza, ni tampoco parece capaz de evocarla, bien puede decirse que no existe allí poesía en modo alguno; por más que se pretenda lo contrario.

El ente, o el ser, es lo primero que el hombre percibe,⁶ según el tomismo, o la filosofía del ser, también llamada *filosofía perenne* e incluso a veces *filosofía del sentido común*. Denominación esta última a propósito de la cual quizá valga la pena observar que, el hecho de que el sentido común parezca haber desaparecido de una inmensa mayoría de seres humanos, en modo alguno puede considerarse ajeno al olvido universal y generalizado de la filosofía del ser. Todo lo cual tenido en cuenta, no habría de parecer tan difícil aprehender o percibir cosas como la bondad o la belleza, las cuales, al fin y al cabo, se identifican con el ser.

No habría de serlo, efectivamente, aunque de hecho lo es. Lo cual no es todo aún. Porque, a causa del olvido y alejamiento (e incluso desprecio) que se han producido con respecto a la idea del ser, la percepción de la belleza parece haberse convertido en tarea de titanes, por no decir en labor imposible. Aunque, a fuer de realistas, mejor que de *dificultad*, más bien habría que hablar aquí de *corrupción* del lenguaje y de las ideas. Puesto que, no solamente se cataloga como belleza cualquier

⁶Santo Tomás, *De Ente et Essentia*, Proœmium; *Met.*, II, 1; *I Sent.*, 1, 3, 3; *I Sent.*, 38, 1, 4, 4; *In Metaph.*, I, 2.

cosa, aunque no muestre rasgo alguno de pulcritud, sino que incluso se abre la puerta a su identificación con todas las aberraciones del *feísmo*.⁷

Cuando se vuelve la espalda al *ser*, se quiera o no se quiera reconocer, lo que aparece en su lugar no es precisamente el vacío —el *vacuum*—, sino el *feísmo* o, si se quiere decir de forma más suave, la ausencia de belleza al menos. Pues no existe un término medio entre el ser y la nada. Aunque tampoco puede decirse que el *feísmo* es lo contrario al *ser*, puesto que el ser carece de contrario —la *nada* es, sencillamente, nada—. Y si, por otra parte, el *ser* se identifica con el bien, con la bondad, la verdad y la belleza, resulta entonces que, una vez eliminado, desaparecen también los otros transcendentales. A lo cual hay que añadir que el corazón del hombre no fue hecho para dar acogida al *vacío*, sino a la *infinitud* —*Nos hiciste, Señor, para ti, y por eso nuestro corazón estará inquieto mientras no descanse en ti. . .*⁸—. Olvidada

⁷Utilizamos aquí el término *vanguardista*, aplicado a la poesía, como comprensivo de todas las variadas y complejas formas del arte (de la poesía, en nuestro caso) que se separan del realismo. Se trata de un procedimiento con vistas a la simplificación, dado que esta introducción no pretende ser un estudio o un ensayo sobre el tema.

⁸San Agustín, *Confesiones*, I.

o eliminada la idea del ser, desaparece también, como por ensalmo, la de la belleza. De ahí la razón de la poesía *feísta*, que también se podría equiparar a la poesía que *no dice nada*.⁹

Sucede que el presunto *poeta*, o el que ha optado por el nihilismo o el *feísmo*, no puede hacer otra cosa. Una vez desterrado el ser del conjunto de los sentimientos, quedan también deportadas del alma las ideas de la belleza, de la bondad y de la verdad. El corazón de tal *poeta*, que ha cerrado la puerta a la belleza, queda insensible y vacío ante ella. Y, como fácilmente percibe el sentido común y comprueba la experiencia, donde no existe la sensibilidad para percibir la belleza, tampoco es posible encontrar la capacidad para expresarla o crearla. De modo que un corazón humano de tal guisa, cerrado a la belleza, no es capaz de crear poesía. Pues, como decía el dicho escolástico, *quidquid recipitur, ad modum recipientis recipitur*. Y de la misma forma podría asegurarse que lo que sale hacia afuera, no puede ser otra cosa sino lo que ya hay dentro.

⁹En realidad es un concepto negativo en relación al ser, lo mismo que el pecado lo es en relación a la bondad.

Evidentemente, alguien podría objetar, sin duda que con cierto fundamento, con respecto a lo que se acaba de decir. Según lo cual, un hombre carente de bondad sería incapaz de elaborar auténtica poesía. Y de hecho es indudable que han existido grandes poetas a quienes no es posible presentar como modelos de virtud. Sin embargo, para que la objeción pudiera ser admitida como concluyente, precisaría reconocer también un conjunto de circunstancias concomitantes. Pues, como bien atestigua la Historia y reconocen los hechos, tales poetas, al menos ordinariamente, *jamás han estado cerrados o vueltos de espaldas por completo a la bondad*,¹⁰ aparte de que también *fuieron siempre ajenos a renegar de la idea del ser*. El desprecio y hasta el rechazo del concepto del ser, como fenómeno colectivo y universalmente extendido, es más bien propio de los tiempos modernos, fruto de las filosofías idealistas y de secuelas ideológicas tales como el marxismo. Nos quedaremos para siempre

¹⁰Poetas ilustres, por limitarnos a la lengua castellana, como Lope de Vega, Quevedo o Góngora, de costumbres no siempre enteramente rectas, eran indudablemente hombres de una fe tan profunda y de sentimientos religiosos tan arraigados como para jamás ponerlos en duda.

sin saber lo que hubiera sido de tan excelsos vates en el caso, de ninguna manera imposible, de que hubieran sido almas *enteramente* receptivas a los conceptos de la bondad y de la verdad.

De todos modos, forzoso es tener en cuenta que nos estamos moviendo en el orden de las generalidades, las cuales no siempre pueden ser aplicadas a todos y cada uno de los seres humanos, individualmente considerados. Solamente Dios sabe lo que hay en el corazón del hombre, y únicamente Él conoce lo que está dispuesto a conceder a cada uno, incluso al más perverso; pues nadie es definitivamente reprobado hasta que se encuentra como condenado en el Infierno. Elementos de belleza o de bondad, más o menos abundantes, pueden encontrarse en cualquier hombre y en el momento más inesperado. Picasso, por ejemplo, era muy capaz de hacer buena pintura *cuando quería*.

Pero es indudable que el rechazo del ser ha dado lugar a generaciones de seres humanos que, voluntariamente o no, han llegado a desconocer sistemáticamente la belleza. Si a eso se une el poder difusor y propagandístico de que gozan las ideologías, nada tiene de extraño que, de manera prácticamente general y muy extendi-

da, se concedan cartas de acreditación de poesía (o de buena pintura, o de buena música) a producciones *artísticas* que están muy lejos de serlo. El caso de Rafael Alberti, por ejemplo, es típico a este respecto. Su musa de *poeta genial*, o simplemente de poeta, derivaba exclusivamente del hecho de pertenecer al Partido Comunista. Pues es bien sabido que, sin que nadie haya preguntado porqué, la Izquierda se ha arrogado el derecho, bien apoyada una vez más por el poderoso aparato publicitario de la modernidad, de impartir títulos de laureados a miembros suyos a quienes considera merecedores de figurar en el Parnaso.

Por otra parte, la ausencia del requisito de la *belleza* como ingrediente esencial de la poesía, abre las puertas a cualquiera que aspire a ser coronado por cualquiera de las dos musas —Calíope o Erato— que, según la Mitología, fueron las inspiradoras de la poesía (épica o lírica); aunque siguiendo ahora un procedimiento en el que los merecimientos son lo que menos cuenta. Así se ha hecho posible que las masas acepten como poesía cualquier producto, incluidos aquéllos cuya posible aproximación a la belleza ni siquiera puede ser considerada como coincidencia. Aquí cabría aplicar, por extensión,

lo que decía Fray Gerundio de Campazas cuando se parangonaba con los predicadores de su tiempo:¹¹ *que para predicar, tal como se hacía por ahí, él no necesitaba libros* (cosa que el P. Isla, creador del personaje, refrenaba plenamente). Pues algo así precisamente se podría decir con respecto a las creaciones de muchos poetas modernos.

Veamos, por ejemplo, una poesía de Alberti, escogida al azar, y tratemos de percibir en ella, o bien la belleza, o bien algunos sentimientos al menos que puedan inducir a ella:

A Miss X, Enterrada en el Viento del Oeste

*¡Ah, Miss X, Miss X; 20 años!
Blusas en las ventanas,
los peluqueros
lloran sin tu melena
—fuego rubio cortado—.
¡Ah, Miss X, Miss X sin sombrero,
alba sin colorete,
sola,*

¹¹ *Historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas, alias Zotes*, del P. Isla (1703–1781).

*tan libre,
tú,
en el viento!
No llevabas pendientes.
Las modistas, de blanco, en los balcones,
perdidas por el cielo.
—¡A ver!
¡Al fin!
¿Qué?
¡No!
Sólo era un pájaro,
no tú,
Miss X niña.
El barman, ¡oh qué triste!
(Cerveza.
Limonada.
Whisky.
Cocktail de ginebra.)
Ha pintado de negro las botellas,
y las banderas,
alegrías del bar,
de negro, a media asta.
¡Y el cielo sin girar tu radiograma!
Treinta barcos,
cuarenta hidroaviones
y un velero cargado de naranjas,
gritando por el mar y por las nubes.
Nada.*

*¡Ah, Miss X! ¿Adónde?
S.M. el Rey de tu país no come.
No duerme el Rey.
Fuma.*

*Se muere por la costa en automóvil.
Ministerios,
Bancos del oro,
Consulados,
Casinos,
Tiendas,
Parques,
cerrados.*

*Y, mientras tú, en el viento
—¿te aprietan los zapatos?—,
Miss X de los mares
—di, ¿te lastima el aire?—.
¡Ah Miss X, Miss X, qué fastidio!*

Bostezo.

Adiós...

Good Bye...

*(Ya nadie piensa en ti. Las mariposas
de acero,
con las alas tronchadas,
incendiando los aires,
fijas sobre las dalias
movibles de los vientos.
Sol electrocutado.
Luna carbonizada.*

Temor al oso blanco del invierno.
Veda.
Prohibida la caza
marítima, celeste,
por orden del Gobierno.
Ya nadie piensa en ti, Miss X niña.)

Como puede verse, se trata de un producto en el que, además de que sería inútil buscar algún vestigio de belleza, tampoco puede encontrarse en él *absolutamente nada*. Solamente podría evocar en un lector, con tal de que estuviera dotado de sentido común y de un mínimo al menos de sensibilidad, sentimientos de vacío o de fastidio. Personalmente, y aun a sabiendas de que serán muchos los que no estarán de acuerdo con nosotros, la cosa nos parece, ni más ni menos, lo que ordinariamente se suele llamar *una tomadura de pelo*.

Claro que proclamar esto en nuestro sufrido mundo es provocar un verdadero escándalo. Es más prudente reconocer, a voz en grito y a coro con las multitudes, que el Rey desfila ricamente vestido y cubierto de un hermoso manto de preciadas joyas; por más que a los ojos se imponga por necesidad el hecho patente de que va desnudo. Es absolutamente preciso, no solamente no hacer

caso de los datos que proporciona el sentido de la vista, sino estar dispuesto a afirmar rotundamente lo contrario de lo que claramente se percibe; salvo que se quiera ser catalogado como insensato, obtuso, fuera de tiesto. . . y candidato seguro al manicomio. Por todo lo cual quizá, ahora más que nunca, harían falta niños que, como en el conocido cuento, gritaran, con tanta ingenuidad como llaneza, lo que sencillamente estarían viendo sus ojos, a saber: la desnudez del Rey.

Ya hemos dicho que el desprecio del *ser*, no solamente ha dado lugar en la poesía al olvido de la *belleza*, sino que también ha desembocado en una pretendida literatura poética que no dice *absolutamente nada*. Aunque con la ventaja, por supuesto, de que así se abren las puertas a la mediocridad y al mundo de lo fácil. Las musas no se han mostrado nunca muy dispuestas a derrochar sus inspiraciones de manera indiscriminada, sino que más bien han hecho ver sus preferencias por la genialidad y a favor de una elite más o menos determinada. De ahí que el número de los verdaderos poetas sea tan escaso, a pesar de ser innumerables los que pretenden serlo. Pues efectivamente son muchos los que aspiran a tal atributo y que, o bien se lo arrogan descarada-

mente, o bien es el mismo Sistema el que, en busca de sus propios intereses, se lo proporciona. Con lo que volvemos a lo de siempre: una composición literaria que nada tenga que ver con el *ser*, ni tampoco por lo tanto con la *belleza*, sino solamente con la *nada* —porque realmente nada dice—, no es en absoluto poesía, por más que su autor se atribuya a sí mismo el título de poeta, o porque lo hagan otros. Aunque es indudable que, una vez admitido que tal cosa —el lenguaje vacío— es verdaderamente arte literaria poética, cualquiera puede confeccionarlo y atribuirse los laureles. Lo cual explica la extraordinaria abundancia de poetas en nuestro mundo, con infinidad de elaboraciones cuyo éxito y aceptación dependen más del *marketing* y de las empresas publicitarias que del verdadero arte. Y sin embargo, como insistiremos a continuación, una cosa que es esencial a la verdadera poesía es precisamente el hecho de que diga *algo*, puesto que es la manifestación de la *belleza*, expresada mediante el lenguaje de las palabras apuntando directamente a lo más profundo del alma; en definitiva, con el propósito de llegar, mediante su peculiar forma de expresarse, hasta donde no ha podido hacerlo de ninguna manera la mera prosa no poética. Pues

ya diremos después que el lenguaje poético no utiliza solamente la forma de verso, sino también la de la prosa.

Para ilustrar lo que acabamos de decir escojamos una producción *poética* al azar —existen por millares de millares— y tratemos de inquirir acerca de lo que quiso transmitir el autor, en el supuesto caso de que quisiera decir alguna cosa y, en el más hipotético todavía, de que quisiera expresarla con belleza. He aquí, por ejemplo, un fragmento de una producción de Daniel Barroso.¹²

A la final, che, somos eso. . .

*el abasto es un exilio de la suerte apostando a que te mueras
un atravesamiento de gangrenas militantes anestesiando el dolor
un no se qué de almanaques como tetas nos abandona en este
paraíso defectuoso de buenos aires
nos escrupula la sonrisa
nos asila en este baldío donde sólo podemos amanecer como turistas
nos putea esta existencia hambrienta de suicidios*

¹²Daniel Barroso, poeta argentino nacido en 1954. Debido a su longitud, y al hecho de que basta con un fragmento para hacerse cargo, no vamos a transcribir el *poema* completo.

No existen signos ortográficos de puntuación. Cosa lógica hasta cierto punto, puesto que no hacen ninguna falta. Y, como puede apreciarse, la tarea se presenta difícil para quien trate de adivinar lo que quiere transmitir el poeta. Algunos dirán que en realidad no hace falta que diga nada, aunque no aportan razones para explicar cómo algo puede ser *poesía* sin decir *nada*. Si bien es verdad que a veces el silencio (aun en forma de alusión) puede convertirse en auténtica poesía, como en los maravillosos versos de Garcilaso,

*Y en el silencio sólo se escuchaba
un susurro de abejas que sonaba*¹³

en realidad no puede confundirse con la nada. Y jamás nadie ha admirado la oratoria de un mudo. Por otra parte, es difícil admitir en esta clase de *poesía* que exista en ella la belleza, aunque expresada a través o por medio de la nada; lo cual es igual a nada —nada es más semejante a la nada que la misma nada—, dígase lo que se quiera.

¹³ *Égloga Tercera.*

Y en cuanto a dedicarse a leer o a escuchar lo que nada dice, es una forma como otra cualquiera de perder el tiempo.

Como hemos indicado más arriba, el lenguaje poético desempeña una labor transcendental. La cual consiste en intentar expresar, hasta donde sea posible, sentimientos que son de por sí *inefables*, o indecibles para la mera prosa. El mundo de los misterios, en el que invariablemente se desenvuelve el ser humano, es infinitamente más complejo y elevado que el de las cosas explicables. El amor o el dolor, por ejemplo, son absolutamente inexpresables para el lenguaje en todo lo que son y suponen. Y al decir *lenguaje*, nos referimos lo mismo al poético que al simplemente prosaico. Pero, ¿entonces...?

Porque, aunque efectivamente ninguno de los dos consigue cubrir la realidad del misterio, también es verdad que *la poesía es capaz de llegar allí donde no llega la prosa*. Bien entendido que no se trata de que la poesía alcance las profundidades del alma humana, o de lo inexplicable, hasta mostrar las realidades de manera exhaustiva o siquiera satisfactoria; *pero sí que es capaz de evocar, o de inducir al menos sentimientos, que nunca*

podrían ser puestos de manifiesto por la mera prosa. Y por supuesto que tales evocaciones, las cuales, por otra parte, andan muy lejos de pretender considerarse explicaciones, son algo tan íntimo y subjetivo como que adoptan formas enteramente diversas para las distintas personas que las perciben. Todas ellas absolutamente legítimas y verdaderas, con la única condición de que la emotividad de la persona receptora tenga como base de sustentación una sensibilidad sana y normal.

De ahí que pueda afirmarse con toda razón que la poesía —la verdadera poesía— es un *lenguaje vivo*, que habla o evoca por sí mismo, incluso *independientemente y mucho más allá de la voluntad y de las intenciones de su autor*. Tan cierto es esto, que también puede decirse que la verdadera poesía, una vez elaborada, cobra vida propia y se libera de los propósitos de su creador. Y por eso —algo parecido, analógicamente, a lo que sucede con las palabras de la Biblia—, la verdadera poesía *no pasa jamás* y alcanza la inmortalidad: ¿Acaso han perdido actualidad y belleza las obras poéticas de Homero, de Virgilio o de Dante?

En este sentido, el misterio de la poesía, llega a extremos inconcebibles e insospechados. Pues, entre otras

cosas, en el estado o situación de autonomía vital que le es propio, parece que *se adhiere más al alma de quien la escucha o lee que a la de su propio autor*. Lo cual explica el hecho de lo que sucede cuando es el propio poeta quien trata de hacer inteligible su obra a otros, mediante razonamientos más o menos detallados: pues indudablemente decepciona, hasta el punto de que casi nunca coincide con los sentimientos que su labor artística es capaz de evocar en los demás. Cosa que puede advertirse fácilmente, por ejemplo, en las prolijas —y a veces farragosas— consideraciones que el mismo San Juan de la Cruz escribió en sus tratados místicos, en los que tanto se esforzó en *explicar* y desmenuzar doctrinalmente su inmortal obra poética. Sin duda que, cuando leemos al Santo *explicar* sus poesías, sentimos el irreducible sentimiento de que *no era precisamente eso* lo que habíamos sentido.

En cuanto al llamado *verso libre*, hay quien afirma que no parece muy diferente de la prosa —es una opinión—, además de que su originalidad parece quedar reducida a su estructura formada por versos irregulares y a la carencia de rima. Pero, como siempre, si la construcción en *verso libre* aspira a ser considerada co-

mo una de las formas de la poesía, habrá de expresarse en términos de verdadera belleza. Existen bastantes producciones literarias en prosa rebosantes de verdadera y auténtica poesía, como ocurre, por ejemplo, con la famosa trilogía épica de Tolkien *El Señor de los Anillos*. En cambio todo parece indicar que las obras de *verso libre* realmente merecedoras de ser calificadas de poéticas, son más bien escasas. Y hasta a veces inducen a pensar que el *verso libre* no deja de ser un recurso fácil, liberador de las exigencias del verso rimado, o de las impuestas, como en la poesía griega y latina, por la métrica de la duración de las sílabas.

El *duende* de la poesía va ligado, como es lógico, a los conceptos, y más propiamente al contenido anímico o espiritual que contiene la poesía; y aun con mayor fuerza si cabe, *a las palabras empleadas para expresarlo*. Pues, si bien el concepto es el mismo en todos los idiomas, no ocurre lo mismo con las palabras o el lenguaje en el que se expresan. Debido a lo cual, habiendo sido redactada la obra poética en una lengua determinada y estando estrecha e íntimamente vinculada a las palabras correspondientes, *se convierte en algo intraducible*. O todo lo más, si el traductor conoce bien ambas

lenguas y el pensamiento del autor original, amén de tener también alma de poeta, puede llegar a elaborar una obra en todo caso *acceptable*. Existen versiones en lengua francesa o inglesa de la obra poética de San Juan de la Cruz, por ejemplo, que no dejan de producir sentimientos de pena, o de auténtica decepción por lo menos. En cuanto a los poemas que Tolkien introduce en su trilogía de *El Señor de los Anillos*, por citar otro caso,¹⁴ resulta difícil apreciarlos debidamente en versiones traducidas; mientras que, una vez leídos en su lengua original, es precisamente cuando pueden ser saboreados en todo su valor poético.

¹⁴Ya hemos dicho más arriba que toda la obra en prosa de Tolkien en esta trilogía bien puede considerarse verdadera poesía.

A modo de conclusión

Según dice el autor, y en aplicación de lo dicho en esta introducción, las estrofas recogidas en este librito de ningún modo pretenden ostentar el rango de *poesías*. Aunque no se trata tanto de manifestar un gesto de modestia, cuanto de afirmar pura y estrictamente la verdad, como podrá apreciar enseguida cualquier lector que se avenga a leerlas, en su totalidad o en parte. Su belleza —en el caso de que se les reconozca alguna— se fundamentaría exclusivamente en la sinceridad y el amor con que han sido escritas, y en ninguna otra cosa. Si bien es de reconocer que también las virtudes —la sinceridad, en este caso— poseen un aura de belleza que, en último término, es lo único que podría justificarlas. Estas estrofas no son para él sino la confesión de un cristiano anciano, cuya vida ha transcurrido animada por un ansia nunca satisfecha de amor de Dios, convertida en práctica mediante una búsqueda y un deseo apasionados de seguir a Jesucristo... , los cuales, por otra parte, jamás han pasado de ser un intento que no ha logrado su fin.

De ahí que, para el autor, su vida haya sido un fracaso en cierto modo al menos, puesto que ha transcurrido por cauces que anduvieron siempre muy lejos de lo que Dios habría podido esperar. Y lo confiesa sin empucho alguno, aunque, no sin añadir a continuación, que mantuvo siempre encendida la llama de la esperanza, puesto que nunca llegó a los extremos del desaliento ni dejó de confiar en Dios. Afirma estar convencido de que creer en la sabiduría divina, frente a la tremenda y triste realidad de la humana, es el equivalente al esperar contra toda esperanza del Apóstol (Ro 4:18). Y por eso, para él, son la sabiduría y la bondad divinas las que hacen posible que, al final de una larga vida en la que tampoco han faltado las infidelidades con respecto a Dios, todavía se pueda seguir confiando *firmemente* en la Persona de Jesucristo.

El autor comienza por eso una de las últimas estrofas aquí contenidas aludiendo al final de su existencia:

Y dando la labor por acabada,

Algunos interpretarán, no sin cierta razón, que más bien se refiere a la labor contenida en este librito. Ya he-

mos cuidado de explicar en la introducción que la poesía se presta a la interpretación personal de cada uno, en la que quizá es la del propio autor la que menos cuenta. Y, por otra parte, esta segunda interpretación también parece más acorde con el verso segundo:

después de, como inútil, despreciada,

El autor piensa que dicha inutilidad no se refiere principalmente a su vida, pese a considerarla llena de tantos fracasos y flaquezas. Más bien parece estar de acuerdo en reconocer que ninguna vida humana es un fracaso, puesto que, como es bien sabido, Dios es capaz de elaborar verdaderas obras de arte valiéndose del material de las derrotas y debilidades humanas: *Dios escogió la necesidad del mundo para confundir a los sabios, y la flaqueza del mundo para confundir a los fuertes.*¹⁵ Es de suponer que, cuando habla aquí de ineficacia o de escasa utilidad, probablemente esté haciendo referencia a la imposibilidad de la que se ha hablado en esta introducción: la de describir el ser, o la bondad o la belleza.

¹⁵1 Cor 1:27.

Una tarea que se puede empezar. . . , pero con la absoluta seguridad de que no se va a llegar jamás hasta el final.

Y por eso dice a continuación:

*el bardo enmudeció, con gran tristeza:
¿Quién osará cantar a la belleza?*

Pues ésa es la única causa que *podría* dar lugar a la tristeza: *¿Quién osará cantar a la belleza. . . ?* Lo cual es absolutamente cierto. Sin embargo también es verdad que, para el discípulo de Jesucristo, ni siquiera tal impotencia puede ser la ocasión para rendirse a la amargura. Es verdad, efectivamente, que ahora es imposible para nosotros llegar a la percepción de la Belleza y de la Bondad; pero sólo *por ahora*. Pues, una vez más, la esperanza nos conduce al verdadero camino: *Porque ahora vemos como en un espejo y borrosamente; entonces veremos cara a cara. Ahora conozco de modo imperfecto, entonces conoceré como soy conocido.*¹⁶ Donde una vez más queda patente lo que siempre hemos dicho, a saber: que la poesía, aun la más perfecta, siempre se queda al comienzo de la ruta a seguir, sin llegar nunca al final.

¹⁶1 Cor 13:12.

Y fuese al fin, en marcha apresurada,

¿Y acaso podría hacer otra cosa el discípulo de Jesucristo, una vez oído el silbo del Pastor, después de una larga vida y penosa búsqueda, que emprender la marcha hacia Él, rápida y apresuradamente? Como decía el Apóstol: *Tempus meæ resolutionis instat... cursum consummavi...*¹⁷ Y así es como lo hace efectivamente el autor, dejando atrás su péñola, por lo demás completamente olvidada:

dejando atrás su péñola, olvidada.

Olvidada en efecto, pero no inadvertidamente. Lo que sucede es que ahora ya no tiene sentido utilizarla. Pues ha pasado el tiempo de unos trabajos para los que, en definitiva, va a importar mucho más el amor vertido en ellos que los resultados obtenidos. La péñola no se abandona por inútil. Ha desempeñado una función tan importante como decisiva, sin la que no hubiera sido posible llegar hasta la meta; pero ahora, cuando ya está

¹⁷2 Tim 4: 6-7.

acabada la labor, puede quedar definitivamente atrás. Tal como puede apreciarse en la estrofa de San Juan de la Cruz:

*Quedéme y olvidéme,
el rostro recliné sobre el amado,
cesó todo y dejéme,
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado.*

El Santo no dejaba sus *cuidados* tras él como un fardo inútil que ya no sirviera para nada. Simplemente se trata de lo que siempre pasa cuando se llega al final de una larga y escabrosa ruta: alcanzada la meta, todas las vicisitudes ocurridas hasta ese momento —sufrimientos, alegrías, trabajos, fatigas y momentos de alivio— quedan ya, por fin, definitivamente atrás y para siempre:

*Y dando la labor por acabada,
después de, como inútil, despreciada,
el bardo enmudeció, con gran tristeza:
¿Quién osará cantar a la belleza?
Y fuese al fin, en marcha apresurada,
dejando atrás su péñola, olvidada.*

LA BÚSQUEDA

- 1. Si vas hacia el otero,
deja que te acompañe, peregrino,
a ver si el que yo quiero
nos da a beber su vino
en acabando juntos el camino.*

2. *Ansioso fui a buscarte
al escondido monte donde moras,
y luego contemplarte
entre las zarzamoras,
mientras que el tiempo muere en lentas horas.*

3. *Anduve hasta el collado
donde mana la fuente de agua clara
a espera del Amado,
hasta que al fin llegara
y el brillo de sus ojos me mostrara.*

4. *El suave cierzo helado
de gélidas mañanas en la aurora
cantaba alborozado
de Aquél que me enamora;
mas sin querer decirme dónde mora.*

5. *Las gotas del rocío
prendidas en las flores del collado,
al ver el llanto mío
por causa del Amado,
de envidia suspiraron a mi lado.*

6. *En noches silenciosas
del sueño de los niños veladoras,
tras aves rondadoras
al aire de las brisas rumorosas
en auras luminosas;
por pasos escondidos
de bosques olvidados
de rosas y de lirios florecidos... ,
allí busqué al Amado
y a todos fui con ansias preguntando;
y todos me han contado
que estábame aguardando
y con llanto de amores suspirando.*

7. *Al paso me miraste
en silenciosa insinuación de amores,
y luego me dejaste
perdido en los alcores,
entre zarzas y arbustos trepadores.*

8. *Al ruiseñor herido
pedí que su lamento me dijera,
mas él me ha respondido
que yo mejor hiciera
en continuar llorando a mi manera.*

9. *Siguiendo a los pastores,
llegué adonde el Amado me esperaba
oculto en los alcores.
Y mientras que me hablaba,
el aire los susurros aventaba.*

10. *Busqué hasta las estrellas
creyendo que en alguna
iba a encontrar vestigios de tus huellas;
mas yo no hallé ninguna
caminando hacia el Sol, desde la Luna.*

11. *En la noche serena
del silencioso valle nemoroso,
en dolorosa pena,
la espera del Esposo
de angustiosa impaciencia el alma llena.*

12. *Busqué en vano al Amado
en el silencio de la noche oscura,
mas, sin haberle hallado,
su ausencia me procura
la llaga que atormenta y no se cura.*

13. *De tu vergel un ave
por tu ausencia cantaba en desconsuelo;
y oyó tu voz suave
y, alzándose del suelo,
a buscarte emprendió veloz su vuelo.*

14. *Cruzado ya el arroyo por el vado,
sentado aguardo bajo umbrosa encina
con ardorosas ansias, por si Amado
encontrarse conmigo determina,
y ver si su noticia que me han dado
de vespéral la hiciera matutina.
Y mientras que yo espero, por los cejos,
vuela baja una banda de vencejos.*

15. *A la rosada aurora
salí a buscar, con paso apresurado,
a aquél que me enamora;
y, habiéndole encontrado,
libre por fin de terrenales lazos,
morir quise de amor entre sus brazos.*

16. *Acude y caminemos,
y cruzaremos juntos por el vado,
y entrambos buscaremos
las huellas del Amado,
hasta que al fin lleguemos a su lado.*

17. *Amada, si quisieras
que en las frescas mañanas te buscara
del huerto entre palmeras,
cuando, por fin, te hallara,
con besos de tu boca me cobrara.*

18. *Los dulces rruiseños
que cantan en los chopos del otero,
al verme que, de amores,
por causa tuya muero,
volaron a decirte lo que quiero.*

19. *Amado, subiremos
al monte de la ruda y del comino,
y luego que lleguemos
al cabo del camino,
alegres beberemos de tu vino.*

EL SAUCE LLORÓN

- 20.** *La dulce filomena
llamando está a su amor desde la rama
del verde sauce en el umbroso vado.
Y el árbol siente pena
por el ave que no encuentra a su amado
y que, en su angustia, clama,
sintiendo que agoniza en dulce llama.
Y, desde aquella hora,
siempre que la oye el sauce, también llora.*

MIENTRAS QUE YO MI PENA VOY CANTANDO

- 21.** *El sol, que ya se asoma,
con rosados colores va bajando
del monte por la loma,
el valle despertando
mientras que yo mi pena voy cantando.*
- 22.** *El canto de las aves,
el carro de la Aurora en asomando,
con mil trinos suaves
el valle va llenando,
mientras que yo mi pena voy cantando.*

23. *Por las altas laderas
de los montes, formando torrenteras,
el río va bajando
con un rumor suave resonando;
mas, viendo que a su canto,
nadie responde, entristecido tanto,
en curso más sinuoso,
más cansado, más triste y perezoso,
el mar sigue buscando
mientras que yo mi pena voy cantando.*

EL RÍO

- 24.** *Desde las altas cimas
de elevadas montañas y hondas simas
va el río descendiendo,
en rumorosos saltos repitiendo
la canción de sus aguas cristalinas
en paso más ligero entre colinas,
pues siente de la tierra la presura
de llegar con presteza a la llanura;
mas, viendo que a su canto
nadie responde, entristecido tanto,
en curso más sinuoso,
más cansado, más triste y perezoso,
el mar sigue buscando.
Y mientras va bajando,
para que el trigo en primavera espigue,
sus aguas va dejando;
y el río sigue y sigue
a ver si unirse con el mar consigue.*

ELEGÍA POR LA AUSENCIA DEL AMADO

- 25.** *¿Adónde vas, pastora,
buscando por el valle y el collado?*

*Tras el que me enamora;
en la majada abandoné el ganado,
y ansiosa corro ahora
en búsqueda impaciente del Amado,
a ver, si por ventura,
el dolor por su ausencia al fin se cura.*

- 26.** *De noche se me fue el Amado mío,
como se oculta el sol tras el collado,
cual se pierde en el mar el ancho río
y en los espesos bosques el venado.*

27. *De noche se marchó hacia la montaña,
de noche se perdió por el sendero,
de noche me dejó, por tierra extraña,
de noche me encontré sin compañero.*

28. *El día ya se aleja,
dulce jilguero de color trigueño,
y así otra vez nos deja,
como en amargo sueño,
a ti sin libertad, y a mí sin dueño.*

29. *Al ruiseñor herido
rogué que su lamento me dijera,
mas luego le he pedido
que no me respondiera,
para seguir llorando a mi manera.*

30. *En vacilante vuelo y derrotero,
busca un ave, de amores malherida,
al que fue de su vida el compañero;
mas viendo su esperanza fenecida,
muerta quedó, perdida en el sendero.*

31. *¡Si al recorrer el valle yo pudiera
en el bosque de abetos encontrarte,
hasta que al fin de nuevo al contemplarte
muerte de amor contigo compartiera...!*

32. *Ya el gélido invierno su ciclo fenece,
y la primavera sus flores ofrece,
ya el bosque se llena de trinos y aromas
y la alondra vuela del valle a las lomas.*

*Buscando tus huellas voy por el sendero
que del hondo valle sube hasta el otero;
y sufro de angustias cuando tú te escondes
y a mis tristes quejas ya no me respondes.*

*Y en las suaves tardes de la primavera,
como si a tu lado de nuevo estuviera,
entre los pinares, a su tibia sombra,
el lamento escucho de la triste alondra.*

33. *Te busqué, mas no te hallé,
te llamé, mas no te oí,
y cuando, al fin, te encontré,
por tu amor desfallecí.*

*En la oscuridad he vivido
de nostalgia alimentado,
y tan de amores herido
que muero, pues no te he hallado.*

*¿Oíste al fin mis gemidos...?
¿Por fin mi triste lamento,
llevado en alas del viento,
ha llegado a tus oídos...?*

EL ENCUENTRO

34. *La matinal aurora,
las voces de pastoras y zagales,
la tórtola que llora
entre los robledales,
y el beso de la brisa a los trigales.*

35. *Las luces que la aurora derramaba
la vida al verde valle devolvían,
mientras que en las cañadas se escuchaba
el melodioso son, que al par hacían,
rabeles y guitarras
y el áspero runrún de las cigarras.*

36. *Sus ojos en los míos se posaron
antes de que la aurora despertara,
y de amor tan herido me dejaron
que, si acaso de mí los apartara,
mi vida en muerte pronto se trocara.*

37. *Sus ojos me miraron
antes de que la aurora apareciera,
y herido me dejaron
de amor, en tal manera,
que sin verlos de nuevo, pereciera.*

38. *Me requirió el Amado
para que de las cosas me olvidara,
y estándome a su lado
a solas, lo mirara
sin que criatura alguna se enterara.*

39. *Bajando por la vega,
en tardes silenciosas y serenas,
el dulce aroma llega
de lirios y azucenas,
al son de una canción que se oye apenas.*

40. *Cuando el alba suave aún no es mañana
y en el valle florido, entre los cejos,
exhala sus fragancias la manzana
y se arrulla la tórtola a lo lejos,
tú clamas por tu esposa, por tu hermana,
con eco antiguo de cantares viejos.
Y el viento hace una pausa en sus gemidos
trayendo tu reclamo a mis oídos.*

41. *Las horas consumiendo
la noche en pos del día se encamina;
y el Carro, descendiendo
con lentitud, se inclina
a ocultarse detrás de la colina.*

42. *La suave brisa, desde la montaña,
sopla desde los campos de amapolas
hasta llegar al mar, donde se baña
y se torna rumor de caracolas
que evoca vientos y olvidadas olas.*

43. *En la temprana aurora
llamó la esposa a Aquél que la enamora,
buscando en el sendero
que va desde los valles al otero.
Y, habiéndole encontrado
del río en la ribera, junto al vado,
cantar quiso de amores
en aquel dulce soto, entre las flores.
Y el Amado, entendiendo
que ella en dolor de amor iba muriendo,
lleno también de fuego,
llegándose a la esposa entraron luego,
con paso presuroso,
en un alegre valle nemoroso.
Y, entre las zarzamoras,
deshilvanando el día en dulces horas,
habláronse de amores
hasta que el sol se hundió tras los alcores.*

44. *En el rumor callado
de la noche serena, las estrellas
quejéronse al Amado:
Pues, si las hizo bellas,
nunca quiso de amor morir por ellas.*

45. *Vino hasta mí el Amado
antes que el sol naciera por el teso,
y, habiéndome mirado,
sentí en mis ojos eso
que sólo amor lo sana con un beso.*

46. *Y allí fueron mis penas fenecidas
junto al mar do se unieron nuestras vidas,
mecido en suaves ondas, producidas
por las azules aguas removidas.*

47. *A las nevadas cimas
de las blancas montañas subiremos
cruzando valles y salvando simas;
y cuando, al fin, lleguemos,
los cantos del amor entonaremos.*

48. *Los mares sosegados
en ondas azuladas y serenas,
los ecos apagados
de cantos de sirenas,
un susurro de amor que se oye apenas.*

49. *Amado, he recorrido
de tu huerto de azahares el sendero,
y luego, me he escondido
detrás del limonero
para poder besarte yo primero.*

50. *Amada, yo he buscado
de mi huerto de azahares el sendero,
y luego, te he esperado
detrás del limonero
a ver si te encontraba yo primero.*

51. *Amado, yo quisiera
al aire del jardín gustar tu cena,
pues es la primavera
y el monte ya se llena
de romero, tomillo y hierbabuena.*

52. *Juntemos nuestras manos
y vámonos a ver los verdes prados,
los huertos de manzanos,
los bosques de granados,
las riberas de chopos plateados.*

- 53.** *Mi Amado, subiremos
al monte del tomillo y de la jara,
y luego beberemos
los dos, en la alfaguara,
el agua rumorosa, fresca y clara.*
- 54.** *Amada, ya amanece
y Aurora al día entre sus brazos mece.*
- 55.** *Ya las aguas del lago
le van robando al cielo sus azules,
mientras que yo te hago,
bajo los abedules,
una alfombra de rosas y de tules.*

- 56.** *Vayamos a las faldas
del monte florecido de arrayanes,
y hagamos dos guirnaldas
con rosas de azafranes
y pétalos de azules tulipanes.*
- 57.** *Si de nuevo me vieres
allá en el valle, donde canta el mirlo,
no digas que me quieres,
no muera yo al oírlo
si acaso tú volvieras a decirlo.*

58. *Son tus dichos de amores
como una tela de suaves hilos
en un lecho de flores;
ven a mi lado, y dílos
en mi jardín de rosas y de tilos.*

59. *Así me habló de amores
hasta que Apolo, su jornada llena,
se fue tras los alcores;
y allí enjugó mi pena
mientras cantaba lejos filomena.*

60. *Ansioso te he buscado
descendiendo del monte la ladera,
y, luego, te he esperado
del mar en la ribera,
aun antes de que el tiempo apareciera.*

61. *Allí, junto al Amado,
en silencioso amor correspondido,
estando yo a su lado,
Él díjome al oído
que también por mi amor estaba herido.*

62. *Y luego me miraste
y en silencio dijiste que me amabas;
y cuando, al fin, me hallaste
y ya conmigo estabas,
al par de mis sollozos, suspirabas.*

63. *Soñé en mis duermeveras
que de amor me entregabas tú las arras;
y, al paso de gacelas,
se oyeron las cigarras
y el ronco recital de las guitarras.*

64. *Pasando por el prado
tus ojos con los míos se encontraron;
y, en nuestro hablar callado,
tan encendidos dardos se cruzaron
que dos llagas de amor ambos causaron.*

65. *Vayamos a los prados,
y a la rosada aurora esperaremos
de todos olvidados,
y allí nos quedaremos
y el despertar del campo escucharemos.*

66. *Amado, caminemos
por las campiñas verdes y serenas,
y, luego que pasemos,
de flores tú las llenas,
de nardos, de jazmines y azucenas.*

67. *Acércate a mi lado
mientras el cierzo sopla en el ejido,
y deja ya el ganado,
y cuéntame al oído
si acaso por mi amor estás herido.*

68. *Acércate a mi lado
mientras el austro sopla en el ejido,
y deja ya el ganado
y hagámonos un nido
de lirios y de rosas florecido.*

69. *Me requirió el Amado
para que de las cosas me olvidara
y allá, en el verde prado,
sus ojos contemplara
y de amor sus requiebros escuchara.*

70. *Con ansias de saber si me querías
mis ojos a los tuyos se rindieron,
mas, cuando vieron lo que tú sentías,
al fuego de tu amor, desfallecieron.*

71. *Y cuando el cierzo suave
me susurra al oído tus amores,
entonces, como el ave
que enamorada canta en los alcores,
me voy por el sendero
diciendo a todos que en tu ausencia muero.*

72. *Cuando el Amado hablaba
que herido fue de amor por cinco dardos,
de lejos nos llegaba
el canto de unos bardos
y un aroma de lirios y de nardos.*

73. *¡Cómo estar a tu lado yo quisiera,
mi tierno amigo y dueño suspirado,
y oyéndote decir que me has buscado,
en un sueño de amor yo pereciera!*

74. *Al alba fui a buscarte
desde el profundo valle hasta el collado
y, luego de encontrarte,
estar quise a tu lado
del paso de las horas olvidado.*

75. *Ni el suave titilar de las estrellas
ni las cumbres de nieves adornadas,
ni virginales rostros de doncellas
o el alba en las auroras sonrosadas...
vencieron en belleza a tu mirada
por la luz del amor iluminada.*

EL FINAL DEL CAMINO

76. *Y siendo ya las horas consumadas,
de ti mis pensamientos fueron dueños,
hasta que por veredas olvidadas,
caminando entre zarzas y beleños,
diste luz a mi noche con tus sueños.*

77. *Mi Amado, las estrellas,
el mar que besan proas de mil naves,
los ojos de doncellas,
el canto de las aves,
aquello que te dije y que tú sabes.*

78. *Yo tu vida viviera
si tú me la entregaras por entero,
y la mía te diera
sí, en trueque verdadero,
quisieras cambiarlas, cual yo quiero.*

79. *Mi vida ya es tu vida
y la tuya es para siempre ya la mía;
mi vida es la comida
que yo a ti te servía
cuando tu amor me diste en aquel día.*

80. *Allí estaré, gozosa,
donde tu amor, al cabo, me lo pida,
allí seré tu esposa
y tú serás mi vida,
allí donde la ausencia ya se olvida.*

81. *El sol que se asomaba
despertando a las flores con un beso,
al ver que te escuchaba
colmado de embeleso,
decidió demorarse más por eso.*

82. *Con ansia presurosa
iré donde tu boca me lo pida,
allí donde, orgullosa,
el águilas se anida,
allí donde ya todo nos olvida.*

83. *Amado, en las brumosas
laderas de montañas escarpadas,
con cuevas de raposas
y cimas plateadas
en silencio de nieves olvidadas...*

84. *Allí nos estaremos
y los cantos de amor entonaremos.*

85. *Si huyera de tu lado
búscame tú de nuevo, compañero,
y luego de encontrado
retórneme al sendero,
allí donde me hallaste tú primero.*

86. *Es la voz de la amada
como un arrullo dulce de paloma,
como un alba rosada
que mil colores toma
cuando el sol por los montes ya se asoma.*

87. *Es la voz del Esposo
como la huidiza estela de una nave,
como aire rumoroso,
como susurro suave,
como el vuelo nocturno de algún ave.*

88. *Es tierno tu mirar, luz de la aurora,
que al mismo sol seduce y enamora;
tu llanto es un rocío matutino
que induce a la embriaguez de un dulce vino.
Y al descansar tus ojos en los míos,
mis lágrimas semejan anchos ríos;
pues tu suave mirar, tan hondo hiera,
que aquél en quien se posa, de amor muere.*

89. *Si pues seguimos juntos el sendero,
deja que me adelante, yo el primero,
allí donde se acaba la vereda
y el duro trajinar atrás se queda.*

DEL SACERDOCIO

- 90.** *Hablarlo sin vivirlo es triste cosa,
vivirlo sin hablarlo es lo sublime;
tú que velas mis sueños, ven y dime
cómo alcanzar esa existencia hermosa.*

91. *Al bosque del otero
la calurosa siesta lo ha dormido
en un sopor ligero,
tan sólo interrumpido
por un volar de alondras que se han ido.*

92. *... Y ya sin esperar alzó su vuelo
en busca del Amado tan querido,
dejando para siempre el blando nido
sin pena, sin dolor, sin desconsuelo.*

93. *Me pediste te hablara de las cosas
las cuatro para mí las más hermosas.
Pues bien, helas aquí, mi bien amada,
en escala ascendente elaborada:*

*El silencio del bosque en el estío,
el suave borbotar del manso río,
las matinales gotas del rocío...*

*¿La más bella de todas, mi adorada...?
Tu mirada, de amores traspasada.*

94. *Ven por fin a mi lado, bienamada,
mi esposa, mi perfecta, mi paloma,
pues ya la noche corre apresurada
y el sol por el otero ya se asoma.*

95. *Déjame que te siga, compañero,
mi dulce amigo, Esposo bienamado,
para que andemos juntos el sendero
que sube desde el valle hasta el collado.*

96. *Y luego en soledad nos quedaremos
del mundo de los Hombres olvidados,
y del cielo el azul contemplaremos
del aura de los montes rodeados.*

97. *Pues ya la Noche el manto ha abandonado,
y al alba sigue la rosada aurora,
ansioso corro hasta el florido prado
buscando la presencia del Amado,
después de que sonó la dulce hora
en que el tiempo de amar había llegado.*

- 98.** *Ansioso, fui a buscarte
por las holladas sendas del destino,
hasta, por fin, hallarte,
cansado y peregrino,
allí donde se acaba ya el camino.*
- 99.** *Ya el ardor del estío pasa y huye
cuando el caduco otoño se avecina,
ya mi agostada vida se diluye
y a tu amoroso encuentro se encamina.*

100. *Y dando la labor por acabada,
la cima muy de lejos columbrada,
el bardo enmudeció con gran tristeza:
¿Quién osará cantar a la Belleza...?
Y fuése al fin, en marcha apresurada,
dejando atrás su péñola olvidada.*

NUEVOS CANTOS PERDIDOS

101. *En la rosada aurora
salí a buscar, alegre y con presura,
a Aquél que me enamora
y que, por su hermosura,
desfallecer de amor se me figura.*

102. *Dichoso aquél que ardiente ha deseado
hallar las huellas del Amigo amado,
hasta que, ya cansado, al fin alcanza
lo que antes tuvo sólo en esperanza.*

103. *Si vivir es amar y ser amado,
sólo anhelo vivir enamorado;
si la muerte es de amor ardiente fuego
que abrasa el corazón, muera yo luego.*

104. *Llegué a una encrucijada del camino
sin saber de mi vida su destino;
y al caer de la noche el negro velo,
perdido me encontré y en desconsuelo.
Mas cuando al cabo apareció la Luna
ya no hubo oscuridad ni sombra alguna.*

105. *¡Oh amarga senda, dura y empinada,
larga y abrupta, de aridez rocosa,
que convirtió mi vida en azarosa
búsqueda ansiosa de alma enamorada!*

106. *Consumadas las fases de la vida,
quien una vez fue niño, anciano ahora,
ve acercarse, por fin, la dulce hora
del viaje hacia la Patria prometida.*

107. *El susurrar del bosque se escuchaba,
y a lo lejos la tórtola arrullaba,
cuando tus dulces ojos me miraron
y en lágrimas los míos se bañaron.
Te hablé de mi pobreza, apresurado,
aún más que pesaroso, avergonzado.
Mas me pediste abandonar los llantos
y entonar del amor los dulces cantos.
Y así en tus manos fueron mis pecados,
perdidos, perdonados y olvidados.*

108. *Y una vez su carrera terminada,
la noche al acabar, a la alborada,
fugaz el firmamento ha recorrido
un enjambre de estrellas sin ruido.*

109. *En lágrimas bañado
llora mi corazón, de amor herido,
en penas angustiado
del tiempo que ya es ido
y por faltar amor ya se ha perdido.*

110. *¿Cuál de tus ansias es la más soñada?
me preguntaste ayer por el sendero.
Y yo, en susurros, dije enamorada:
morir de amor por ti es lo que yo quiero.*

111. *Te he esperado a la vera del sendero
por largos años, por si tú venías
y luego de mi amor saber querías... ,
para decirte que por él yo muero.*

Y por fin, he aquí el compendio y la consumación de toda una vida:

112. *Buscando anduve el mundo de mis sueños
hasta alcanzar la meta tan ansiada,
luego de larga y fatigosa estrada
por los sotos de zarzas y beleños.*

**ÍNDICE
DE CANTOS**

<i>A la rosada aurora</i>	15
<i>A las nevadas cimas</i>	47
<i>Acércate a mi lado</i>	67, 68
<i>Acude y caminemos</i>	16
<i>¿Adónde vas, pastora...?</i>	25
<i>Al alba fui a buscarte</i>	74
<i>Al bosque del otero</i>	91
<i>Al paso me miraste</i>	7
<i>Al ruiseñor herido</i>	8, 29
<i>Allí estaré, gozosa</i>	80
<i>Allí, junto al Amado</i>	61
<i>Allí nos estaremos</i>	84
<i>Amada, si quisieras</i>	17
<i>Amada, ya amanece</i>	54
<i>Amada, yo he buscado</i>	50
<i>Amado, caminemos</i>	66
<i>Amado, en las brumosas</i>	83
<i>Amado, he recorrido</i>	49
<i>Amado, subiremos</i>	19
<i>Amado, yo quisiera</i>	51
<i>Anduve hasta el collado</i>	3
<i>Ansioso fui a buscarte</i>	2, 98
<i>Ansioso te he buscado</i>	60
<i>Así me habló de amores</i>	59

<i>Bajando por la vega</i>	39
<i>Buscando anduve el mundo de mis sueños</i>	112
<i>Busqué en vano al Amado</i>	12
<i>Busqué hasta las estrellas</i>	10
<i>¡Cómo estar a tu lado yo quisiera...!</i>	73
<i>Con ansia presurosa</i>	82
<i>Con ansias de saber si me querías</i>	70
<i>Consumadas las fases de la vida</i>	106
<i>Cruzado ya el arroyo por el vado</i>	14
<i>¿Cuál de tus ansias es la más soñada?</i>	110
<i>Cuando el alba suave aún no es mañana</i> ..	40
<i>Cuando el Amado hablaba</i>	72
<i>De noche se marchó hacia la montaña</i>	27
<i>De noche se me fue el Amado mío</i>	26
<i>De tu vergel un ave</i>	13
<i>Déjame que te siga, compañero</i>	95
<i>Desde las altas cimas</i>	24
<i>Dichoso aquél que ardiente ha deseado</i> ...	102
<i>El canto de las aves</i>	22
<i>El día ya se aleja</i>	28
<i>El sol que se asomaba</i>	81
<i>El sol, que ya se asoma</i>	21
<i>El suave cierzo helado</i>	4
<i>El susurrar del bosque se escuchaba</i>	107

<i>En el rumor callado</i>	44
<i>En la noche serena</i>	11
<i>En la rosada aurora</i>	101
<i>En la temprana aurora</i>	43
<i>En lágrimas bañado</i>	109
<i>En noches silenciosas</i>	6
<i>En vacilante vuelo y derrotero</i>	30
<i>Es la voz de la amada</i>	86
<i>Es la voz del Esposo</i>	87
<i>Es tierno tu mirar, luz de la aurora</i>	88
<i>Hablarlo sin vivirlo es triste cosa</i>	90
<i>Juntemos nuestras manos</i>	52
<i>La dulce filomena</i>	20
<i>La matinal aurora</i>	34
<i>La suave brisa, desde la montaña</i>	42
<i>Las gotas del rocío</i>	5
<i>Las horas consumiendo</i>	41
<i>Las luces que la aurora derramaba</i>	35
<i>Llegué a una encrucijada del camino</i>	104
<i>Los dulces ruiñeños</i>	18
<i>Los mares sosegados</i>	48
<i>Me pediste te hablara de las cosas</i>	93
<i>Me requirió el Amado</i>	38

<i>Me requirió el Amado</i>	69
<i>Mi Amado, las estrellas</i>	77
<i>Mi Amado, subiremos</i>	53
<i>Mi vida ya es tu vida</i>	79
<i>Ni el suave titilar de las estrellas</i>	75
<i>¡Oh amarga senda, dura y empinada...! ..</i>	105
<i>Pasando por el prado</i>	64
<i>Por las altas laderas</i>	23
<i>Pues ya la Noche el manto ha abandonado</i>	97
<i>¡Si al recorrer el valle yo pudiera...!</i>	31
<i>Si de nuevo me vieres</i>	57
<i>Si huyera de tu lado</i>	85
<i>Si pues seguimos juntos el sendero</i>	89
<i>Si vas hacia el otero</i>	1
<i>Si vivir es amar y ser amado</i>	103
<i>Siguiendo a los pastores</i>	9
<i>Son tus dichos de amores</i>	58
<i>Soñé en mis duermeveras</i>	63
<i>Sus ojos en los míos se posaron</i>	36
<i>Sus ojos me miraron</i>	37
<i>Te busqué, mas no te hallé</i>	33
<i>Te he esperado a la vera del sendero</i>	111

<i>Vayamos a las faldas del monte</i>	56
<i>Vayamos a los prados</i>	65
<i>Ven por fin a mi lado, bienamada</i>	94
<i>Vino hasta mí el Amado</i>	45
<i>Y allí fueron mis penas fenecidas</i>	46
<i>Y cuando el cierzo suave</i>	71
<i>Y dando la labor por acabada</i>	100
<i>Y luego en soledad nos quedaremos</i>	96
<i>Y luego me miraste</i>	62
<i>Y siendo ya las horas consumadas</i>	76
<i>Y una vez su carrera terminada</i>	108
<i>... Y ya sin esperar alzó su vuelo</i>	92
<i>Ya el ardor del estío pasa y huye</i>	99
<i>Ya el gélido invierno su ciclo fenecer</i>	32
<i>Ya las aguas del lago</i>	55
<i>Yo tu vida viviera</i>	78

**ÍNDICE
GENERAL**

PRÓLOGO	I
LA BÚSQUEDA	XXXVII
EL ENCUENTRO	LXXXI
EL FINAL DEL CAMINO	CXXVII
NUEVOS CANTOS PERDIDOS	CLVII